

¿Para qué he de ocultarlo?

Esa mujer, ese ángel que he hallado en mi camino; que parece brindarme la felicidad con su mirada... Oh, sí; esa mujer se ha apoderado de mi corazón, le ha llenado con su pensamiento; y la ansiedad que hay ahora en mí, el deseo de verla, su imagen que no se aparta de mis ojos, su acento que aún resuena en mi oído, todo me dice que la amo, que la amo con toda mi alma.

El horizonte se cubrió de sombras.

La noche tendió su velo sobre la imperial ciudad; las estrellas brillaron en el firmamento azulado, y la brisa llevó de pronto al oído del ilustre extranjero la voz dulcísima de una mujer, que cantaba acompañada del blanco y melodioso sonido de un harpa.

Fijó sus ojos en la ventana de Beatriz, y á través de los vidrios de colores comprendió que ella era la que llenaba el espacio con su dulcísima voz.

—¿Por qué tiemblo,—se dijo,—si el corazón me dice que en ella está mi felicidad? ¿Por qué tardo en conseguirla?

Y saliendo precipitadamente de la estancia, bajó á la calle y se acercó á la casa de doña Beatriz.

Un paje iba á entrar al mismo tiempo que llegaba Colon.

—¿Sois por ventura,—le dijo,—paje de la señora doña Beatriz Enriquez de Córdoba?

—Para serviros,—contestó el joven.

—¿Acaso es vuestro nombre Beltran?

—Mi nombre es.

—Entonces tened la bondad de prestarme un instante vuestra atención.

—Hablad, caballero.

—Soy extranjero: he llegado ayer á Córdoba desde la Rábida.

—¿Sois vos entonces,—preguntó Beltran,—el noble genovés que ha conducido á esta ciudad Matías Sampayo?

—Sí.

—Mandad entonces cuanto gustéis, que sé lo que os estima el prior de la Rábida, y ser vuestro criado es honra para mí.

—Pues bien; he venido á la corte con pretensiones harto difíciles, y no cuento con nadie que me apoye en ellas. He visto á doña Beatriz, y al leer en sus ojos la bondad, he concebido un pensamiento: el de implorar su apoyo. Dignaos trasmitirle mi súplica; decidle que un extranjero pobre y sin amparo ha tenido la fortuna de guardar por su orden el lienzo de su mano, que se le cayó al salir de la catedral, y que deseo la dicha de ofrecérselo, al mismo tiempo que implorar su bondad para que me conceda su patrocinio.

—Si consistiera en mi señora,—dijo Beltran,—podrías estar seguro de conseguir lo que pedís. Su noble corazón solo es feliz cuando hace bien, y creed desde luego que hallaríais en su bondad una verdadera Providencia.

—Vuestras palabras reaniman la esperanza en mi

corazon, aunque no me sorprenden. Sé que tambien poseis un corazon generoso. El hombre que sabe respetar la virtud y sentir el amor al mismo tiempo que la compasion á la desgracia, cualquiera que sea su condicion, merece que todos los hombres le estimen y que se honren estrechando su mano.

—¡Vos sabeis!...—preguntó Beltran.

—Lo sé todo; Matías Sampayo es un hombre honrado: me ha contado su historia, me ha dado parte en su felicidad.

—¿Cuándo podré deciros lo que contesta mi ama á vuestras súplicas?

—Vivo aquí cerca, en la *Posada del Santero*.

—Bien está: entonces fiad en mi inteligencia. Mi condicion es humilde; pero no olvidaré nunca lo bondadoso que habeis sido para mí.

—El paje se despidió de Colon, y este volvió á la posada al mismo tiempo que los huéspedes iban á sentarse á la mesa.

Por una extraña coincidencia, la conversacion de los circunstantes giró sobre una historia que estaba muy ligada con la de doña Beatriz.

Todo favorecia los intentos de Colon.

Este episodio sirvió al ilustre viajero para poder apreciar más y más el noble corazon que poseia aquella mujer, que habia renovado el amor en su pecho.

Los huéspedes de maese Repulgo, que solian cenar juntos, estaban impacientes porque tardaba Martin Carrasco.

Al fin y al cabo se presentó.

Al llegar fué saludado por una salva de imprecaciones.

—Muy poco me ha faltado para no venir,—exclamó.

—¿Sin duda alguna mujerzuela menguada os ha entretenido?

—Por ninguna mujer del mundo hubiera yo faltado á un hombre,—dijo Martin Carrasco.

—Entonces,—añadió otro,—os han pedido que contáseis vuestras batallas, y se os ha pasado el tiempo.

—Tampoco ha sido eso.

—¿Pues qué es lo que ha pasado?

—Mirad,—dijo Martin Carrasco.

Y mostró el brazo derecho, al cual llevaba atado un lienzo.

—¿Qué eso, estais herido?

—Nada más que un rasguño. Pero si no paro á tiempo la estocada, hoy acaba mi historia.

—¿Qué ha sido ello, qué ha sido ello?—preguntaron algunos.

—Cenemos, y mientras tanto nos lo contareis,—dijeron los que más apetito tenian.

—A la mesa, á la mesa, que esto no es nada, y me he batido como un leon.

Pusiéronse á cenar, y despues de calmar la apremiante necesidad que todos tenian, dijo Colon á Martin Carrasco:

—Contad lo que os ha pasado, que nos teneis á todos impacientes.

—La cosa más sencilla del mundo. Despues de pasear con algunos camaradas por el Campo de los Mártires, nos salimos al puente, y andando, andando, nos dirigimos hácia la *Torre de la Malmuerta*. Habíamos jugado á los dados, en la *Hostería del Camaleon*, habíamos apurado algunos jarros de lo añejo, las cabezas estaban acaloradas, y se empezó á hablar de mujeres.

—Siempre acaban mal estas conversaciones,—dijo uno de los circunstantes, que tenia cara de avaro, y por lo tanto de poco amigo del bello sexo.

—Uno de los que venian conmigo,—prosiguió el militar,—se atrevió, ¡aún me enfurezco al recordarlo! se atrevió, como digo, á pronunciar el nombre de nuestra augusta reina para calumniarla.

—¿Qué es lo que digo?

—Dijo el menguado, despues de decir yo que era una santa:

—«Preguntárselo al marqués de Villena, y él os dirá quién es la reina.

—»¿Os atreveis á dudar de su virtud, bellaco?—exclamé yo.

—»No dudo; estoy seguro de que le ha concedido sus favores.

—»Mientras, miserable,—dije echando mano á la espada.

—»Cara vas á pagar tu osadía,—repuso.

Los amigos trataron de separarnos; pero ya no era posible.

Los aceros se cruzaron, yo le tiraba estocadas, y él las paraba y repetia contra mí.

De pronto sentí la punta de su espada toledana en mi brazo, y aquello me animó.

Me fui á fondo y le pasé de parte á parte.

—¿Es decir, que habeis muerto á un hombre?

—En defensa de mi reina.

—¿Y la Santa Hermandad no lo ha sabido?

—Los amigos que me acompañaban son muy hombres de pró; se enteraron del caso, y me han hecho justicia. Lo que es por ellos, no se sabrá que Martin Carrasco ha hecho una muerte esta tarde; y en cuanto á ucedes, estoy seguro de que será lo mismo.

—¿Y quién era vuestro adversario?

—¿Quié era? La Providencia ha sido justa: era Diego Lainez, el hijo del menguado escudero por quien fué muerta doña Clara de Haro, precisamente en el mismo lugar en donde yo le he hecho pagar muy cara su calumnia.

—A propósito,—dijo uno,—vos debeis saber la historia de aquel horrible asesinato.

—Y tanto como la sé; no veo una sola vez á doña Beatriz Enriquez de Córdoba, sin que recuerde lo que tantas veces he oido contar acerca de su pobre madre, que Dios haya.

—¿Era por ventura doña Clara de Haro la que le dió el ser?—preguntó Colon.

—La misma: ¿qué, no sabeis su historia?

—No, y francamente, siento vivos deseos de oirla de vuestros labios.

—Maese Repulgo,—dijo Martin Carrasco,—traiga vuesa merced un cántaro de vino de mi tierra, del que guardais en lo más hondo de la bodega, y ponedlo á mi cuenta, que estoy muy satisfecho de la estocada que he dado esta tarde y quiero celebrarla. Mientras bebemos,—añadió dirigiéndose á sus compañeros de mesa,—os contaré la historia, que bien merece ser oida.

Y viendo que todos le escuchaban con la mayor atencion, contó á su modo el episodio que en otra forma voy á mi vez á referir á los lectores.

Capituo XIII.

La torre de la Malmuerta.

(Episodio.)

Habia en Baeza por el año de 1457 un antiguo soldado, que habia pasado toda su vida en los campos de batalla, y habia medido muchas veces sus armas con los infieles.

Llamábase don Nuño de Haro.

Segundon de una de las más nobles casas de aquellos reinos, habia vivido con poca holgura; pero no habia necesitado los favores de la suertè, porque pasaba la mayor parte del tiempo en su tienda, y la renta del dote que le habia llevado su esposa bastaba á esta y á su hija doña Clara de Haro para atender á sus necesidades.

En tanto que el guerrero combatia á las órdenes de sus reyes á los mahometanos, doña Blanca su esposa, y su hija Clara, vivian en Baeza en el mayor